

Chicharrita y Caluguita en el Estadio Nacional

El escenario era brillante, majestuoso, rimbombante y explosivo. El himno nacional brasileño fue generosamente silbado por el noventa por ciento de los espectadores, nunca me imaginé que su melodía fuera tan conocida en Chile. Tras esta emotiva muestra de solidaridad latinoamericana, se levantó el telón de lo que pareció ser un drama wagneriano. El colombiano Díaz expulsó a los tres minutos a Romario y a los ocho, al chileno Ormeño. Mientras que la cancha se despoblaba deliciosamente me arrellané en el asiento de la Pacífico Norte lindante con la galería (donde llovían bolsas de plástico con cerveza y otra substancia amarilla sobre una barrita brasileña cuyas camisetas *canario* empujaban a medida que corrían los minutos), con la esperanza de que el buen juez fuera adicto a las exageraciones de García Márquez y siguiera expulsando inclemente al resto de los elencos hasta dejar enfrentados solos a Taffarel y Rojas. Esta situación me hubiera deleitado, pues los años en Europa me han hecho adicto al tenis e incluso titulé mi última novela "Match—Ball".

Pero el temperamento del colombiano era más cómico que trágico, y tras su par de iniciales silbidos nibelungos, se atuvo a repartir a granel tarjetitas amarillas cometiendo el *imponderable error* dramático de comenzar la obra con un clima para degradarla luego en un *vau-deville*.

El sendero luminoso lo había trazado Alejandro Hisis al yacer un minuto lúgubre en el césped.

Había visto alguna vez a los *cracks* chilenos en televisión cuando se los mostraba en Inglaterra o en Egipto, pero no había tenido el placer de experimentarlos en toda la sensualidad de sus limitaciones. Ahora me dí cuenta de la precisión de Violeta Parra para definir el alma nacional en sus deliciosas décimas del cuerpo repartido cuando escribiera: *Mi brazo derecho en Buin/ quedó señores oyentes/ el otro por San Vicente/ quedó no sé con qué fin/ mi pecho en*

Curacautín/ lo veo en un jardincillo/ mis manos en Maitencillo/ saludan en Pelequén/ mi falda en Perquilauquén/ recoge unos pececillos. Si Dr. Jekyll fuera exportado a Chile podría crear el perfecto ángel del apocalipsis: la velocidad de Pato Yáñez, el desborde de Rubio, la cabeza de Zamorano, la coza de Aravena, el oportunismo de Basay. El problema es que estas geniales virtudes están tan trozadas en nuestro equipo, que sólo alcanzan para crear sincopadas expectativas en las tribunas.

Cosquillas cuando vuela Yáñez por la derecha, pero ira ante sus centros tan desbrujulados que daban ganas de citar al tío Nicanor cuando se define en uno de sus poemas como "un embutido de ángel y bestia". Y así todo el equipo. Héroe esencialmente dramáticos: generan el entusiasmo e instantáneamente la frustración. Pero así y todo, de estas limitaciones se hace la grandeza de Chile. Juntando enanos con pigmeos se le sacó un empate al don equipo de Brasil.

El primer tiempo se fue gastando y todo parecía confirmar el pronóstico exiguo de un amigo periodista: "Creo que empatarán por poco".

Pero en el segundo tiempo, señores, se bailó albricias, tregua y catala. A los equipos se les sirvió puré de *chambón* durante la pausa y cuando Brasil metió su gol la defensa chilena pareció haber entrado de sopetón en el clima de comedia que tenía la segunda parte de la obra. La jugada que condujo al tanto inaugural pareció concebida por el tony *Caluguita*: la pelota podría haber ido a cualquier punto del espacio sideral pero fue justo al *popín* o la *barriguita* de González y la depresión se aconchó en la barra, con los humos muy en alto después que la prensa hubiera convencido a Chile y medió de que Chile podría realmente ganar a Brasil. Desde *Dito* Vargas para abajo todos mis amigos marcaron en su cartilla de la Polla Gol triunfo para "local" en el partido uno. "Adiós mis millones" suspiró el estadio.

Pero el tony *Chicharrita* se había hecho cargo ahora de la conducción de la delantera. Al minuto 28 se produjo una situación de *tole—tole—y—mucho—broche* frente al arco de Taffarel y el equipo chileno en pleno fingió un gol después de que empujaron hacia la línea demarcatoria a los defensas brasileños, al arquero, a los fotógrafos, al árbitro, al zepelín de la *Kodak*, menos a la pelota. Desde la humareda de esa *grande confusao*, se levantaron los brazos chilenos celebrando el gol imaginario, y el público que entendió con *veloz cachativa* autóctona que lo invitaban a participar en una comedia épica, se levantó a su vez para gritar el gol y el tablero electrónico también contribuyó a la ficción. Pero he aquí que el señor árbitro tuvo el desmayo de no aceptar entrar a la historia como el sancionador del primer gol del realismo mágico que hubiera puesto a Chile en la tabla de *records* de Ripley y que habría hecho palidecer de envidia a Isabel Allende, quien en *La Casa de los Espíritus* había contado con propiedad cómo se jugaba fútbol en esa mansión con el cráneo de la abuela.

Pero al señor Díaz tiene que haberle quedado la *duda búchiana* de si no se estaba farreando un rol pionero en la cultura latinoamericana y aprovechando que el *golero Taffarel* hacía rebotar el balón ausente cual Peter O'Toole en *Lawrence de Arabia*, pensando en la inmortalidad de aquel crustáceo, le cobró falla técnica. El simpático golero tuvo la amabilidad de poner la pelotita en el suelo y como quien contempla el poéti-

El jugador N°13 SKARMETA



co horizonte con crepúsculo y barquitos de vela incluidos vio con placidez provinciana un fulminante ataque de viveza criolla. Aravena la tocó a Basay a un centímetro de la línea de gol y éste no tuvo más remedio que entrarla en la red.

En una sola carcajada gritamos "justicia divina". Al fin y al cabo, el gol brasileño había sido sólo de *sainete*. El chileno de pista de aserrín y con águilas humanas sobrevolando el espacio bajo la batuta conjunta de *Chicharrita, Caluguita y Lechuguín*. Me imagino que sólo los paraguayos se han reído tanto hace algunos meses.

Pues bien, este empate que habría que haberlo tomado con humildad, volvió a excitar a la prensa local la cual santificó sin golpes en el pecho todo lo obrado. Técnicamente todo perfecto. Legítimo. Pero en cuanto el señor *Coraless* sopió su pito final comenzaron las construcciones de torres de arena, castillos en el aire y la elaboración de cacao al por mayor. A los setenta mil con-

vencidos de que Chile le podría ganar a Brasil se los mandó a la casa con la consigna de que la chance está intacta. Nos retiramos ensoñados de vuelta a casa, los setenta mil con los audifonós de nuestras portátiles desfilando oníricos por Campo de Deportes con la vista puesta en Maracaná. Con delicioso voluntarismo, los entrevistados por radio y los *entrevistadores*, transformaban la simpática comedia que acabamos de ver en una hazaña. Oí a un jugador nacional decir que si Brasil le ganaba a Venezuela por unos seis a cero, Chile tendría que ganarle a su vez por ocho a cero o más. Qué bueno que entremos a la etapa de *pata en quincha*. Encantado de colaborar con las ciencias del delirio, queridos compatriotas. Y para probarlo: tus ocho y ocho más. Con el prestigio de brujo que me dio haber acertado en esta columna el *score* exacto de Chile—Venezuela en Caracas, voy a pronosticar el resultado de Chile—Venezuela en Santiago: 34 (treinta y cuatro) a 1 (uno) para Chile. De lo que no estoy tan seguro es de si le podremos empatar a Brasil allá. Los elogios al equipo nacional me llenaron tanto de rubor como de esperanza. Hay un dicho inglés para burlarse de los jactanciosos que reza: "All his goose are swans", es decir "Todos sus gansos son cisnes".

Chile hizo un gran partido, entretenido y dramático. Cumplió con creces. Ahí habría que ponerle el punto final. No todos nuestro patos son cisnes.

Porque hablando en síntesis, Brasil se llevó a casa el empate que quería.

Es decir, Chile puso el ruido y Brasil la nuez.



Jesús Díaz, el señor *Coraless*, sale rodeado de carabineros.